

Divagación de Verano

Juan y Pedro se encontraron casualmente en Barcelona. Juan había acudido allí incidentalmente para regresar al siguiente día a San Feliu. Pedro, luego de una ausencia de varios años en el extranjero, no muchos, desde luego, volvía a San Feliu para pasar una temporada con los suyos, iniciándola con la Fiesta Mayor.

Amigos desde la infancia, Juan y Pedro dispusieron a reanudar su antigua amistad, y durante el viaje desde Barcelona, conversaron con fruición de un solo tema, de algo que ambos estimaban sobremanera: de su San Feliu.

Pedro, ansioso de conocer las novedades y modificaciones habidas en la ciudad, desde que él faltaba, y Juan, satisfecho de poder enterar cumplidamente a su amigo, le informaba con deleite, y firmemente convencido además, de que verdaderamente San Feliu había progresado enormemente durante los últimos diez o doce años.

Decía Juan:

—No lo vas a conocer; San Feliu ha cambiado totalmente. Estoy seguro que vas a tener una agradable sorpresa.

—Sí, sí; más o menos ya me tenido yo noticia que las mejoras han sido casi continuas, haciendo así el honor al pomposo título de "Capital de la Costa Brava". Vamos a ir los dos a las terrazas del Bañeario San Ilmo y pasaremos unas horas deliciosas gozando de la vista del paseo y la bahía.

—Resultará imposible acudir al Bañeario San Ilmo, pues no existe ya, habiendo quedado toda aquella gran edificación en abandono total y completamente destruida.

—¡Caramba Juan, qué contrariedad! Ahora bien, en lugar del Bañeario, podremos muy bien ir a otro lugar donde tan buenos ratos habíamos pasado años atrás: al Café Oriente.

—Siento defraudarte, Pedro, pero tampoco podrá ser, pues el Café Oriente y con él el salón de cine y baile, también han desaparecido. Se construye allí un hotel.

—Oye Juan, que me estás alarmando, y tal vez San Feliu no haya mejorado tanto como tú pretendías hacerme creer.

Juan trató de despejar las dudas de su amigo, reafirmando en que la ciudad estaba en franco progreso, detallando el número de hoteles que se habían construido o ampliado, las boites que se habían inaugurado y los salones de té y bares que se habían establecido, hasta que Pedro interrumpió:

—Sí, sí; reconozco que en ciertos sectores ha existido un progreso extraordinario. En fin, mañana nos encontraremos en la playa, allí donde el agua está siempre más clara, al pie de la escalera del muro, y hablaremos de tiempos pasados.

—Si quieres podremos ir a la playa, pero no exactamente al lugar que tú señalas, pues dicho sector ha quedado convertido en un campo de rocas, aparte que el agua no es ya tan clara como antes y sabe a gas-oil por haber sido instalado allí el desembarcadero de las canoas de los viajes marítimos.

—Claro, es lo que tú dices: el progreso, el progreso. Bien, Juan, me parece que tendremos pues que limitarnos a sentarnos en algún zar y escuchar las sardanas que la Cobla Victors deberá interpretar.

—Tampoco podrá ser posible, pues la Cobla Victors ha sido disuelta.

—¿Qué me dices? Y así, ¿de qué forma os arregláis para la celebración de las típicas y simpáticas fiestas de barrio?

—¡Oh!, es que las fiestas de barrio también han desaparecido.

Pedro se puso las manos a la cabeza, murmurando: "¡Cuánto progreso, señor, cuánto progreso!".

Pasado cierto tiempo, Juan reanudó la conversación diciendo:

—Admito que este progreso de que tanto hablamos, es más ficticio que real. Ahora bien, hemos poseído algo que va a asombrarte: una Plaza de Toros, la plaza "bombón", como se la conoce.

—Pero hombre, sólo faltaba eso. Y en cuanto a deportes, ¿cómo seguimos? Eres capaz de decirme que el Campo

Llamada a la Juventud

Somos contemporáneos de una época en la que raras son las personas que se preocupan por los temas palpitantes del momento o por los problemas de la cultura. Se lee poco o nada; en el bien entendido de que no me refiero a la literatura tipo "El Caso", porque ésta sí se lee.

El español medio — y en lugar distinguido el joven — llena sus horas de descanso con el tedio de la indigencia más absoluta. Es el ver pasar por la ringlera de los días sin deseos ni aspiraciones, sin motor que lo ponga en marcha.

El curulotodo — léase olvidalotodo — de la inmensa mayoría de estos sin-motor, es envolverse en la atmósfera inconsciente de un café. Y luego son estas tediosas horas muertas las que se consumen dedicadas al juego. De este modo el juego no es un pasatiempo, sino un pierde tiempo que degenera pronto en desastroso vicio.

Es cierto que los gobiernos del mundo han mostrado todos una especial preocupación, decretando leyes que persigan a aquellos juegos en que se arriesga dinero, pero en mi opinión el ente más grave del delito no es el dinero, sino el tiempo perdido. El dinero al fin y al cabo se limita a pasar de unas manos a otras: la nación lo conserva. Otra cosa es el tiempo... la nación ha perdido el del individuo irremisiblemente.

Imposible parece el que, implicando el juego una tan elevada dosis de infantilismo,

mo, pueda ganar el alma de las personas mayores de edad. Todos conocemos la poderosa fuerza imaginativa de los niños: un palo colocado entre las piernas, es un caballo; el mismo palo manejado por la mano, es una espada. Lo que no tiene explicación posible es que una persona, madura y sesuda, se entusiasme por el azar de unos cartones pintados. Paréntesis aparte, merecen los juegos cuando suponen una mayor aportación discursiva e intelectual; pero en la generalidad de los casos, el infantilismo es uno de los principales pilares en que se asienta la vocación por el juego.

El juego es, además, una manifestación exterior de la falta de vida interior. Con razón escribió Stendhal que, "el que no puede cambiar ideas, cambia naipes". Así es efectivamente, el que tiene ideas y las expone, o trata de escuchar las de sus contertulios convirtiéndose entonces el hablar en diálogo de puro y agradable placer. Pero en los cafés de pueblo no suele haber tertulias. Por lo menos en el sentido sano en que yo interpreto el término. Las gentes van a jugar y nada más. El diálogo, huerto propicio para el cultivo de la amistad, se trueca en juego, materia que se presta para la expresión de instintos poco nobles e incluso para la bronca o la enemistad.

Los cafés — y en general toda reunión de este tipo — podrían justificarse a sí mismos si ejercitasen o promoviesen alguna misión cultu-

de la Carretera de Palamós continúa en el mismo estado de abandono.

—Ciertamente, todavía se le distingue como "el peor campo de deportes de la provincia", y en cuanto a otros deportes, aparte del fútbol, ya no realizan aquellas cucañas, travesías al puerto, carreras de bicicletas, partidos de water polo, etc., de antes.

En estas y otras cuestiones, Juan y Pedro llegaron a San Feliu, y al día siguiente, después de un paseo por toda la población, Pedro dictaminó:

—¿Sabes Juan que me lo habéis cambiado? Este es un San Feliu apto para turistas, no el que yo hubiese deseado.

Si en efecto se han efectuado muchas mejoras, su casi exclusiva totalidad han sido de cara y para el turismo, mientras que las destinadas a nosotros los guixolenses: Biblioteca Pública de la Caja de Pensiones, Museo Municipal, asfaltado de calles, etc., no nos compensan de lo que se ha ido perdiendo. Yo prefería el San Feliu de antes, sin tantos coches, ni rótulos de días pares e impares y agencias de viajes, pero con un vivir sosegado y alegre, de alegría verdadera; no la actual, de sucedáneo.

—Tal vez tengas razón.